



Coyuntura y debate

EL FIN DE LA GLOBALIZACIÓN*

KOSTAS VERGOPOULOS**

La desaceleración profunda de la economía mundial se confirma a lo largo del año 2001: al final de un espectacular ciclo de crecimiento de ocho años, Estados Unidos se encuentra, no menos espectacularmente, al borde de la recesión; Japón desde hace ya varios años, atraviesa por una situación de crecimiento negativo, Europa enfrenta un crecimiento declinante, y el desempleo sufre un nuevo impulso a nivel mundial. No hay una sola parte en el mundo que pueda, como una *locomotora*, impulsar a los demás hacia una nueva dinámica de crecimiento. Según las últimas estimaciones del Fondo Monetario Internacional (FMI), el crecimiento de la economía mundial debería perder 2.2 puntos suplementarios a lo largo del año 2002.

La contracción casi simultánea de los ritmos de crecimiento, transforma automáticamente buena parte de las deudas mundiales ya acordadas en evidentemente *dudosas* y *no eficaces*: será necesario hacerse a la idea de crecientes dificultades en el ámbito de los pagos de las deudas, tanto internacionales como internas. Se sabe ya pertinentemente que la regularidad en los pagos supone un nivel mínimo de crecimiento del PIB y de los ingresos, por debajo

* La versión original del presente ensayo fue presentada como ponencia magistral en el XXIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), en la Antigua Guatemala, el 2 de noviembre del 2001.

** Universidad de París, Francia.

del cual las dificultades comienzan y las economías se instalan en una zona de turbulencias. Según las evaluaciones del FMI este nivel de regularidad en relación con las deudas ya contraídas a nivel mundial, sería en todo caso superior al 3% del crecimiento mundial. Ahora bien, en este momento preciso (noviembre del 2001), las estimaciones oficiales prevén una tasa de crecimiento mundial más cercana al 2 por ciento.

El único foco de crecimiento relativamente fuerte y de estabilidad monetaria en el mundo es en este momento China, cuyo régimen económico, aunque híbrido y difícil de calificar, se encuentra indiscutiblemente lejos de las normas de la globalización liberal. Ya Marx encontraba divertido que en la Edad Media, el Concilio de Obispos Alemanes suplicara al “demonio en persona” que rescatara a la Iglesia del Buen Dios, del peligro de su propia delitecencia.

Ocurre que hoy, parafraseando a Marx, el fracaso de la globalización liberal es tal, que su Concilio de Obispos, incluidos Estados Unidos y los organismos internacionales, suplican igualmente por unanimidad a un país por excelencia no liberal como China, que salve el orden liberal de esta nueva crisis provocada por su propia decadencia y sin duda peligrosa para todos.

Efectivamente, el sistema económico mundial se encuentra actualmente frente a una crisis, cuyos primeros signos han comenzado a manifestarse ya con el efecto “tequila” de 1995, el derrumbe de las economías asiáticas en 1998, las crisis rusa, brasileña y argentina (en 1999), y las dificultades crecientes de Japón. Hoy, la dinámica de la crisis mundial alcanza a los países del centro —Estados Unidos y Europa— y toda discusión sobre la duración probable de la recesión actual y sobre sus consecuencias reestructuradoras sería especulativa, con el riesgo incluso de aparecer como escolástico y metafísico.

Algunos, tras haber negado durante mucho tiempo la posibilidad de crisis económicas a lo largo de la reciente fase del capitalismo, hoy se apresuran, pese a todo, a afirmar su carácter cíclico, con la finalidad de excluir por principio una interpretación más fundamental. Sin embargo, toda crisis económica, incluso la más dramática, se inscribe necesariamente en la lógica del ciclo económico, incluso si más adelante adoptara, eventualmente, dimensiones más importantes. Hoy, antes que explayarse sobre su naturaleza, su duración y sus consecuencias, lo que importa al menos es admitir la realidad de la crisis actual, analizar sus causas y su dinámica, tal como emerge de la disponibilidad, subjetiva y objetiva, de los agentes económicos y sociales.

El teorema contemporáneo de la globalización subraya el aspecto de la interdependencia entre las economías nacionales dentro del gran contexto mundial.¹ Algunos quedan extasiados frente al hecho de que si Nueva York estornuda, Europa y el mundo caen también enfermos. Pero esto no implica nada nuevo ni en la teoría ni en la historia económica. En un verdadero sistema mundial, lo inverso hubiese sido más interesante: si un pequeño país se resfriara, Nueva York debería sufrir las consecuencias. Ciertamente no hemos llegado aún a esa situación en el marco de la globalización actual. Sin embargo, debería manifestarse un poco más de mesura, de conocimiento de la historia económica y de rigor intelectual.

La interdependencia entre las economías nacionales no constituye una novedad ni histórica ni teórica, ya que este fenómeno fue revelado por los historiadores de la economía al menos desde el siglo XVI. Las evoluciones del centro del sistema mundial han sido siempre determinantes en las fluctuaciones de la economía mundial e inversamente. La llegada de metales preciosos a Lisboa introdujo la inflación en el resto del viejo continente. La crisis de perspectivas sobre el tulipán holandés provocó la caída de las bolsas internacionales en el siglo XVII. La caída de las acciones de los ferrocarriles americanos ocasionó turbulencias mundiales a mediados del siglo XIX. En 1890, el fracaso de la firma británica Baring que operaba en Argentina, provocó caídas de valores bursátiles en la ciudad de Londres con repercusiones graves a escala mundial. Al crac de 1929 contribuyeron factores procedentes de todas partes: la revaluación de la libra británica, las políticas monetarias del Banco de Francia, la competencia entre la libra y el dólar a nivel de las tasas de interés, y la insuficiencia consecutiva de liquidez internacional.

¿Quien afirmaría hoy que las crisis precedentes en la historia económica no han sido suficientemente internacionales, derivadas de la interdependencia y de la interpenetración de las economías, las monedas, las tecnologías de cada época, y que estas crisis no resultan siempre de una causa local que produce efectos de avalancha a escala mundial?

Hay que estar verdaderamente mal informado para imaginarse la interdependencia mundial como algo nuevo, a pesar de que este fenómeno ha sido señalado desde hace varios siglos en la historia económica. Asimismo, mientras que hoy las tempestades se multiplican y se aproximan, estos mismos "observadores" no ven ningún signo de preocupación. Es así que se subesti-

1 Sobre las inconsistencias de la teoría contemporánea de la globalización, cf. Justin Rosenberg, *The Follies of Globalization Theory*, Verso 2001.

ma la importancia mundial del derrumbe asiático, la crisis rusa es ignorada y las dificultades de México, Brasil y Argentina son tomadas a la ligera. Ahora que el proceso mundial toca a Estados Unidos volvemos a la explicación a partir del ciclo económico. Sin embargo, no hay peor pesadilla que la que inspira el espectáculo actual de la economía mundial.

La teoría de la globalización y de la liberalización del comercio internacional promete ventajas para todas las partes contractuales. Sin embargo, como lo señala el economista estadounidense Dany Rodrik de la Universidad de Harvard, “no es cierto que todo el mundo gane en el comercio mundial. Los economistas saben bien que en el comercio libre hay siempre ganadores y perdedores”.² Se constata hoy que los progresos recientes de la unificación de los mercados y las desreglamentaciones, llevan irresistiblemente a la pérdida de dinamismo tanto de las economías nacionales como del sistema mundial, con excepción de algunos focos privilegiados que, sin embargo, siguen al resto del mundo en esa pendiente declinante, aunque sea con retraso.

La teoría del desarrollo a través de la globalización encuentra hoy los mismos callejones sin salida que la vieja teoría liberal del desarrollo mediante el comercio internacional. Como los beneficios para todos los participantes no son evidentes, la “teoría” termina por buscar ansiosamente los “focos”, los “polos” y las “locomotoras” del dinamismo. Pero, una vez más, el dinamismo mundial no se restablece, sino que la pérdida de dinamismo se instala en definitiva en el mundo, incluso en los “polos” pretendidamente dinámicos. Cuando al principio de la década de 1980 el ahorro occidental se contrajo, se buscaron yacimientos de ahorro en Extremo Oriente, y cuando las economías occidentales se desaceleraron fuertemente a lo largo de la misma década, se lanzó la noción de “locomotora” internacional, pero esta locomotora, que se localizó en Estados Unidos, no consiguió arrastrar los vagones. Se ha sostenido que el Extremo Oriente generaría el ahorro al servicio de la economía mundial, mientras que Estados Unidos valorizaba ese ahorro a través de su endeudamiento y de sus elevadas tasas de crecimiento.

Sin embargo, el motor americano-asiático no ha difundido una dinámica de crecimiento fuera de su propio espacio y hoy se encuentra frustrado en esos dos polos, tanto el asiático como el americano. El dinamismo americano-asiático, en lugar de empujar la economía mundial hacia resultados superiores, sucumbe hoy a los desequilibrios, asimetrías e inercias de la eco-

2 Cf. Dany Rodrik, “Whose Trade”, *The Nation*, 6 de diciembre de 1999.

nomía mundial realmente existente. Acabamos de tener la demostración del hecho de que los diversos milagros asiáticos y americano no disponían ni de la envergadura mundial ni de la capacidad de difusión de su dinámica como se les había atribuido, sino que se apoyaban sobre condiciones excepcionales que implicaban relaciones con el resto del mundo por definición antagónicas.

Con el viraje monetarista de principios de la década de 1980, sólo Estados Unidos se aprovechó de las liquideces internacionales para financiarse. Al mismo tiempo, sólo las economías asiáticas se han mostrado competitivas en un contexto internacional cada vez más restrictivo. Los resultados de los dos polos —americano y asiático— no eran ni exportables ni se podían difundir. Hoy no hay más “dragones asiáticos” ni “milagro japonés”, ni especulación bursátil y financiera, ni tampoco nueva economía y *boom* americano, ni menos aún mercados emergentes, y todavía una política europea creíble en materia económica y monetaria. Hoy, una crisis aguda en las inversiones de capitales a escala internacional hace difícil toda previsión concerniente a las perspectivas del mercado mundial.

Larry Summers, presidente actual de la Universidad de Harvard, antiguo ministro de Finanzas del presidente Clinton, admite que los beneficios de Estados Unidos debidos a la globalización no han sido difundidos al resto del mundo, pero también admite que las distorsiones mundiales persistentes han terminado por agotar la dinámica de la economía estadounidense. Es necesario también añadir que los beneficios obtenidos por Estados Unidos gracias a la globalización han sido a costa de distorsiones y de desequilibrios mundiales crecientes.³ Al disfuncionamiento actual del sistema mundial concurren todas las regiones del mundo, de manera que la prioridad de toda política continúa siendo el saneamiento individual de cada país, a costa del sistema mundial en su conjunto. En el modelo de la economía nacional equilibrada, los movimientos de capitales, de mercancías, de personas, pierden importancia y son incluso contraindicados, para no poner en peligro los equilibrios nacionales difícilmente obtenidos.

Así, cada región del mundo aparece hoy como víctima de sus propios éxitos. Asia del sureste ha privatizado amplios sectores de su economía, pero sucumbe hoy al sobreendeudamiento de sus sectores privados. Japón, para corregir sus excedentes exteriores, debería obligatoriamente reciclarlos dentro de su mercado interior, acelerando fuertemente sus ritmos de crecimiento y desarrollando así su demanda doméstica. Sin embargo, en vez de ajustarse

3 Entrevista a Larry Summers, *Le Monde*, 21 de marzo de 2001.

a esa forma, Japón fue obligado durante mucho tiempo a exportar sus excedentes comerciales a Estados Unidos para financiar los crecientes déficit norteamericanos. Japón fue así condenado a impedir toda corrección espontánea de su economía proveniente de los mercados. La ausencia de alza de precios correctivos, luego del debilitamiento necesario del yen y al desarrollo de su mercado interior, están en el origen de la profunda crisis estructural que enfrenta hoy Japón. Guardando todas las proporciones, la actual “enfermedad japonesa” recuerda en buena medida la “enfermedad holandesa”, que fue tan discutida en el pasado: una moneda estructuralmente revaluada condena la economía al subfuncionamiento. ¿Cómo no ver en esta “enfermedad” un *impasse* del modelo de inserción en la economía mundial actual, e incluso de la globalización?

La reactivación de la actividad económica supone hoy en día en Japón un alza de la demanda interna y de los precios con una baja del yen. Sin embargo, las necesidades de Estados Unidos impiden la corrección japonesa. Este país, que fue en otro tiempo modelo de éxito dentro de la nueva economía mundial, se encuentra actualmente, a causa de sus particularidades, que en otra época fueron pilares de su éxito, en una impresionante y profunda incapacidad de ajuste. En lugar de beneficiarse de la economía mundial, termina por ser su víctima: con 13% del producto mundial, hoy no capta en el presente si no el 1.4% de las inversiones directas internacionales en el mundo. El déficit público de la segunda economía mundial supera el 7% de su PIB, y sin eficacia ni perspectivas de mejora, mientras que la deuda pública alcanza 125% del PIB. A pesar de la política de tasas de interés cero, la actividad económica no repunta y todos los índices permiten suponer una situación típica de “trampa de liquidez” ya prevista por M. Keynes: hoy el Banco Central lleva a cabo varias bajas sustanciales y sucesivas de sus tasas de interés e introduce liquidez abundante, pero la economía no arranca.

Para repartir y salir de los pantanos actuales, le hacen falta compromisos más fuertes y de otro tipo. Tras haber servido lealmente durante 55 años a Estados Unidos hasta la incapacidad actual de ajuste, a causa de la presión americana, Japón es denunciado hoy por la superpotencia norteamericana y por el FMI como un país gobernado por dirigentes “corrompidos, incapaces e inapropiados”. Sin embargo, la caída japonesa actual procede directamente de la “anomalía” estadounidense y los dos lados de la pareja revelan abiertamente el carácter problemático, tanto del crecimiento anterior como de la globalización actual. Modelo de éxito anterior en el seno de un contexto internacional enfermo, Japón se presenta hoy, en el contexto de la desaceleración económica mundial actual, también como modelo, pero del caos y de

la descomposición para el conjunto del sistema mundial actual. El fracaso de Japón anuncia la “japonización” de Estados Unidos y del sistema mundial: la política de la moneda fuerte para privilegiar la globalización financiera provoca graves problemas en los niveles de la economía real, en la utilización de las capacidades productivas y en el empleo.⁴

Tras la guerra de Vietnam, Estados Unidos y el mundo con él han enfrentado las turbulencias de su repliegue militar, de su derrotismo ideológico y de su declinación económica. Sin embargo, a partir del principio de la década de 1980, un nuevo impulso fue dado a todos los países con el “descubrimiento” de que todo deterioro “era culpa del Estado”, de las reglamentaciones excesivas, del costo elevado del trabajo y de las políticas sociales. Se “descubrió” que el mecanismo de transmisión de todo fenómeno de deterioro económico residía en la gestión “generosa” de la moneda frente a las demandas de los grupos sociales. La inestabilidad monetaria mundial, el desorden y la inflación, herencias directas del abandono del patrón oro por el presidente Nixon (1971) fueron imputadas a la laxitud de la política monetaria que siguió al abandono de los acuerdos de Bretton Woods.

La reconstrucción del sistema mundial comenzó a partir del principio de la década de 1980, dando la prioridad a la “rehabilitación” del vector monetario por la restricción de la política monetaria. La revaluación de la moneda estuvo seguida de controles cuantitativos de la masa monetaria. Sin embargo, la restricción monetaria desigual entre los países, en lugar de restablecer la unidad del sistema mundial, añadió una nueva causa de inestabilidad internacional. En el pasado, la responsabilidad de la estabilidad en los pagos internacionales correspondía al FMI y en definitiva a las disponibilidades monetarias americanas, como “prestador en última instancia”. Así, pues, a partir de 1980, la gestión de la estabilidad monetaria mundial se desplaza hacia los gobiernos nacionales individuales, con desiguales voluntades, capacidades y eficacia.

La función de salvaguardia y de estabilización de las monedas y de las economías nacionales fue progresivamente abandonada por el FMI y por Estados Unidos, dejando espacio a las intervenciones selectivas y fundadas ya no sobre los recursos propios del FMI, sino sobre demandas *ad hoc* a contribuciones voluntarias. Estados Unidos practica la obstrucción fuerte tanto en lo que concierne a los “derechos de tiraje especiales”, que habrían podido aumentar la liquidez internacional al servicio de la economía mundial, como

4 Cf. Paul Krugman, *The Return of Depression Economics*, Nueva York, Norton, 1999.

en relación con toda proposición de crecimiento de recursos propios del FMI, fundado sobre el aumento de las contribuciones nacionales.

Tanto Estados Unidos como Europa, en lugar de estabilizar el sistema mundial a través de sus inversiones en el mundo, funcionan cada vez más como factores de inestabilidad mundial, puesto que extraen del sistema mundial más liquidez de la que ellos aportan. El polo occidental desarrollado —América del Norte y Unión Europea— dispone del 10% de la población mundial y del 39% del PIB del planeta. Sin embargo, este polo se apropia en la actualidad, de cerca del 85% de las inversiones directas internacionales.⁵ Hace 10 años, este mismo polo no se apropiaba si no del 48% de las inversiones directas internacionales. Los países industrializados en su conjunto se apropian hoy de más del 90% de las inversiones directas internacionales. A lo largo de la última década, la globalización ha reducido fuertemente la parte del ahorro mundial que se pone a disposición de los países situados fuera del polo occidental. Los países en desarrollo, que suponen un 86% de la población mundial, asegurando el 22% de la producción y el 33% del comercio del mundo, no captaban más que el 9% de los flujos de capitales de los mercados internacionales en 1994 y sólo 5% en la actualidad.⁶

Una conclusión análoga resulta del examen de la balanza exterior de las utilidades de las inversiones: tanto en Estados Unidos como en Europa, esta balanza fuertemente positiva hasta hace 10 años, no cesa hoy de degradarse y transformarse en muy negativa. Se concluye de ello “con tristeza”, según el *Wall Street Journal*, que se produce una contracción permanente de las inversiones estadounidenses y europeas en el mundo, así como un alza de las inversiones extranjeras en América y en Europa. Ahora bien, las inversiones del polo occidental en el mundo ejercen efectos económicos y monetarios estabilizadores, mientras que las inversiones del resto del mundo hacia el polo occidental, implican efectos intrínsecamente desestabilizadores para todos, tanto para la periferia que sufrió el desangramiento financiero, como para el centro que sufrió inevitablemente las consecuencias. El mundo necesita una perspectiva más global que la de aquellos que hablan hoy en día de globalización, una visión a más largo plazo que la de los que se aferran a la obsesión de las desregulaciones y de la ganancia de corto plazo.

Sectores cada vez mayores de la economía mundial, atrapados en la actualidad por una crisis de liquidez permanente, giran en el vacío, al borde de la bancarrota y, lo que conlleva, obviamente, a rotaciones aceleradas de la mo-

5 Cf. *World Investment Report*, UNCTAD/ONU, 2000.

6 Cf. *Capital Flows Monitor*, Financial Markets Center, 14 septiembre 2001.

neda tanto a nivel internacional como nacional. El sistema mundial, apoyado hasta 1980 sobre financiamientos internacionales, entra a partir de entonces en el régimen de una economía de endeudamiento. Este giro hacia el endeudamiento implica el ensanchamiento estructural del costo del financiamiento, que es finalmente repartido entre la contracción estructural de ingresos y el alza de los precios a niveles muy superiores. Desde entonces, la explosión consecutiva de las deudas a escala mundial constituye el verdadero barómetro de la economía mundial y los descalabros actuales de la globalización.

Según las estimaciones de Angus Maddison,⁷ la deuda externa de los países de África, Asia, América Latina, Europa Oriental y de la ex URSS, ha pasado de 608 mil millones de dólares en 1980 a 2 545 mil millones en 1998. Mientras que el PIB de los países en desarrollo continúan por una pendiente declinante del 2% al 3% a lo largo de las dos últimas décadas, su deuda externa observa ritmos de crecimiento superiores al 12% anual. En algunos países en desarrollo, la deuda representa hoy montos superiores al de las exportaciones: 336% en Brasil, 451% en Argentina, 200% en Indonesia, 120% en Rusia, 99% en Tailandia.

Sin embargo, dentro de nuestra economía mundial de endeudamiento, dicha deuda crece irresistiblemente para todos, incluso para los más poderosos. La posición exterior norteamericana en la balanza de capitales es asimismo fuertemente deficitaria: de -12% del PIB estadounidense en 1997, pasa a -22% al final del año 2000. Además, hay que añadir que el conjunto de activos en manos de los extranjeros en Estados Unidos se eleva hoy a 110% del PIB estadounidense. En cuanto a los países de la Unión Europea, la evolución de la deuda pública manifiesta las mismas tendencias: para los 12 países de la Eurozona, la deuda pública de 60% del PIB en 1991, llega al 75% en 2001. Por todos los lados de la economía mundial, las deudas continúan creciendo más rápido que los ingresos, las deudas se acumulan y los ingresos se desaceleran. Esto es preocupante para el futuro inmediato, ya que indica que los límites en el crecimiento de los sistemas económicos actuales, vulneran las economías y el sistema mundial, y plantea el tema delicado de performance del modelo actual de globalización.

Durante el periodo de funcionamiento "productivo" del sistema monetario mundial de Bretton Woods (1944-1971), la prioridad fue otorgada a los aspectos comerciales y a la estabilización de los mercados, mientras que en

7 Cf. Angus Maddison, *The World Economy. A Millennial Perspective*, oECD, 2001.

la actualidad se pone atención en los aspectos financieros y en la integración financiera internacional. Mientras que en el pasado se fortalecían los ingresos, los mercados y la movilidad de las mercancías, hoy se fija como objetivo prioritario la “corrección” de las distorsiones del periodo anterior mediante la descongestión en capital, de la desacumulación y de la desvalorización del capital. Como lo ha señalado Larry Summers, el siglo XXI “avanza a toda máquina hacia atrás, retrocediendo hacia el pasado, en la medida en que el paradigma económico se repliega hacia los modelos y a los conflictos económicos que habían marcado el periodo anterior a 1929”.

Durante los años posteriores a la guerra, el esquema de la evolución económica mundial fue particularmente simple, incluso simplista: el fortalecimiento permanente de los ingresos y de los mercados debía llevar tarde o temprano a la inflación y a las desregulaciones consecutivas. La intervención necesaria del Banco Central con el fin de controlar la inflación, llevó a la desaceleración de la actividad económica, al subfuncionamiento de la economía y a la explosión del desempleo. Durante mucho tiempo, la sociedad fue incapaz de mantener su equilibrio en condiciones cercanas al pleno empleo. Sin embargo, a lo largo de las dos últimas décadas, un esquema sobrepuesto ha sido instalado, no en el sentido del comercio de mercancías, sino de aquel del mercado de préstamos y de instrumentos financieros. Hoy, el mercado financiero está a punto de provocar una crisis económica gigantesca, infinitamente mucho más grave y peligrosa que la que habría podido suscitar el comercio de mercancías y, de todas formas, no menos importante que la de 1929, que había sido gestada y conducida a su madurez en el interior del paradigma económico liberal prekeynesiano.

¿Cuál es el mecanismo de transmisión de la crisis bursátil y financiera sobre la economía real? El presidente estadounidense Herbert Hoover (1928-1932) trató la crisis bursátil de 1929 con medios “ortodoxos” y métodos perfectamente liberales: considerando que los “fundamentos” de la economía americana eran sanos, Hoover trató de “cortar” las relaciones entre el sistema financiero en decadencia y la economía real. Así, pues, a pesar de la afirmación del excelente economista Irwin Fischer (1867-1947) según la cual la economía americana se encontraba ya en un “nivel de funcionamiento irreversible”, la contracción drástica de la liquidez por parte de las empresas ha llevado finalmente a la caída de la economía real, cuyos fundamentos permanecían, sin embargo, sanos.

En la fase actual, el “ciclo del crédito” ha sustituido al “ciclo de la mercancía”. Durante los primeros nueve meses del año 2001, cerca de 5 400 billones de dólares han desaparecido de la Bolsa de Nueva York, suma equivalente

al 60% del PIB norteamericano y al 75% del de la Unión Europea. El índice Nasdaq de valores tecnológicos y de las nuevas tecnologías, ha perdido ya cerca del 70% de su valor, aunque la caída bursátil no debe transformarse necesariamente en crisis económica. Por otro lado, en 1929 esta relación no se dio tampoco. Esta eventualidad es pensada siempre como una consecuencia posible de una mala gestión del derrumbe inicial. Sin embargo, en el contexto actual, la caída de la economía real ya no constituye una simple eventualidad, sino un hecho que se constata empíricamente cada día, puesto que el ritmo de crecimiento de la economía americana de 7% hace poco tiempo, es actualmente inferior al 1%, con todo lo que esto implica en términos de desempleo. Esta situación sería imputable a las dificultades crecientes para asegurar el financiamiento exterior de la economía americana. Una manifestación de esta dificultad es el mantenimiento de tasas de interés a largo plazo, en niveles superiores al 5%, sabiendo que la FED estadounidense se financia habitualmente por la emisión de bonos del Tesoro al extranjero de una duración de 30 años.

Durante mucho tiempo la política de integración prioritaria de los mercados financieros internacionales ha preconizado el control de la demanda interna y de los ingresos del trabajo. Así, pues, en la actualidad, las empresas que han sobreinvertido, en particular en los sectores de la llamada "nueva economía", se extrañan de que el ritmo desenfrenado de la capitalización no fuera seguido por el consumo, ni a nivel estadounidense ni mundial. En esta competencia mundial debido a la destrucción en cada uno de los países de su propia demanda interna, el mundo termina hoy por encontrarse frente a una insuficiencia grave de la demanda, tanto interna como internacional. El modelo de la globalización mediante la extravención creciente de cada economía nacional, parece haber alcanzado hoy sus límites. Los hogares americanos están en la actualidad asfixiados por una deuda que supera el 120% de sus ingresos anuales. Su gasto es íntegramente financiado desde hace tiempo a través de créditos bancarios. La capacidad financiera de estos hogares se apoyó durante mucho tiempo sobre activos financieros del orden del 500% de su ingreso.

Es así que con la desaparición de dos tercios de sus activos bursátiles, se puede comprender fácilmente las repercusiones directas de este hecho sobre la contracción de los gastos de consumo americano. Todo debilitamiento de las perspectivas futuras, lleva irremediabilmente a una contracción de los gastos del presente. Como lo señaló Charles Kindleberger, en caso de crisis financiera, los bancos comerciales y los otros organismos de crédito registran una baja de su capacidad de crédito hacia la economía y se ven en la

obligación de multiplicar los controles, de seleccionar muy bien sus clientes y de racionar los créditos que se otorgan. En consecuencia, la crisis bursátil y financiera puede tener consecuencias particularmente dramáticas sobre el mercado de préstamos y sobre el financiamiento de la economía real, incluso si el gobierno decidiera compensar integralmente la contracción financiera.⁸ Como lo revela Summers, a pesar de la apertura y de la ampliación de mercados en nuestra época, la crisis financiera internacional iniciada en Asia y en Japón, al limitar fuertemente los medios de pago internacionales, afecta hoy a Estados Unidos y Europa, por lo que sería más apropiado precisar que la transmisión de la crisis actual hacia las economías del centro no se efectúa “a pesar de la apertura de los mercados y de las desregulaciones”, sino más bien a causa de ellas. La globalización y la liberalización han hecho posible su propia crisis.

En este contexto, marcado por la penuria relativa pero creciente de medios monetarios y financieros internacionales, las reducciones de impuestos sobre los ingresos propuestas por el presidente Bush, a pesar de ser importantes (1 300 billones de dólares), pueden no producir ningún efecto en la medida en que estas reducciones conciernen nada más a los ingresos de los 10 próximos años, mientras que la necesidad de estimular la economía debe ser satisfecha en la actualidad. Según Paul Krugman, el anuncio de reducciones de impuestos que tiene lugar en realidad después de cinco años, ejerce hoy un efecto depresivo del gasto del presente, agravando la deflación actual. Por otro lado, hay que recordar que más del 80% de estas reducciones de impuestos conciernen al 2% de la población más rica estadounidense. En consecuencia, la política de reducciones fiscales no tiene en la actualidad efecto sobre el deterioro del crecimiento actual: se hacen regalos fiscales a los que no consumen suficiente, pero que sobre todo ahorran, mientras que los ingresos inferiores que se gastan casi integralmente no se benefician casi nada de esta reforma fiscal.

Para afrontar la desestabilización económica actual, los estados deberían reaccionar aumentando sus gastos con fin de asegurar especialmente el empleo, cuya situación se agrava espectacularmente, y con el fin igualmente de combatir la deflación que comienza a manifestarse. Para un modelo de globalización en dificultades, la respuesta más apropiada sería una creciente coordinación internacional. Sin embargo, como ya se ha constatado, una respuesta mundial no se divisa en el horizonte ni se inscribe como tema

8 Cf. Charles Kindleberger, *La grande crise mondiale, 1929-1939*, Economica, 1998.

en la agenda futura de los responsables políticos y económicos. Al contrario, todo indica que si hubiese respuestas, éstas podría llevarse al desorden y a la dispersión. En la actualidad, Estados Unidos, evocando su propio agotamiento, arroja sobre sus socios europeos la tarea de estimular la economía mundial. Sin embargo, estos últimos, fieles a la “ortodoxia” financiera, lo rechazan obstinadamente y le reenvían la bala, en nombre del principio sacrosanto de lucha permanente contra la inflación. Como se ha podido constatar, una vez más Europa se equivoca de guerra: se refugia tras una “Línea Maginot” para afrontar el riesgo de inflación, mientras que el verdadero peligro actual, y ahora más que nunca, no es la inflación sino lo inverso, la deflación.

Actualmente Estados Unidos, y con él la globalización y el mundo, recibe plenamente las consecuencias de la política que ha aplicado a lo largo de los últimos 20 años. Como Joseph Schumpeter lo había muy bien constatado durante los años 1930, todos los actores han cumplido perfectamente su parte en el “trabajo de la recesión”. La recesión actual, por grave que sea, no cae del cielo, no es un producto de extraterrestres, sino que resulta de las políticas y acciones llevadas a cabo durante el periodo previo: todo régimen económico prepara su propia crisis, su derrumbe y su superación. Pero, jamás un régimen económico estuvo marcado por tanto desfase entre los impulsos y las ilusiones que producía, por un lado, y la fragilidad y la inadecuación de su base real, por el otro.

En la actualidad, un balance provisional de la globalización se parecería fuertemente a una suerte de “fin de la utopía” del capital. Más allá de la contestación “antimundialista” que se desarrolla en el mundo a lo largo del 2001, varias contribuciones importantes han aparecido recientemente alrededor del mismo tema evocador: “el final de la globalización”.⁹ Alan Rugman considera que hasta hoy la globalización nunca ha tenido una base real. Incluso ha debilitado y reducido lo poco de base real de que disponía desde el principio. El único comercio que se desarrolla realmente en nuestros días es el regional y el de proximidad. Más del 95% de la producción europea se vende internamente. El comercio permanece aún, y se confirma en grado creciente, como una actividad regional más que mundial. Parecidas son las conclusiones de Maurice Obstfeld y Kenneth Rogoff, que presentan bajo la forma de un *puzzle*.¹⁰

9 Cf. Harold James, *The End of globalization. Lessons from the great Depression*, Harvard University Press, 2001. Cf. también Alan Rugman, *The End of Globalization*, 2001, y Saskia Sassen, *Globalization*, Londres, 2001.

10 Cf. Maurice Obstfeld y Kenet Rogoff, *Six Major Puzzles in International Macroeconomics*, NBER, Research Working Paper, julio de 2000.

La economía estadounidense es hoy “extrañamente insular”, teniendo en cuenta su débil grado de apertura al comercio exterior. En lugar de la emergencia de un conjunto mundial, persisten segmentaciones significativas que diferencian las economías nacionales entre ellas, mientras que el modelo de la economía nacional continúa siendo dominante e incluso único en el seno del sistema mundial actual. De hecho, alrededor del eslogan de la globalización, ha habido sobre todo mucho discurso y gasto de tinta, pero sorprendentemente pocas realizaciones, puesto que a pesar de los discursos y de cantidades de tinta gastadas, la realidad económica sigue su camino y la movilidad perfecta de capitales, en lugar de constituir una ventaja para la gestión mundialista, se presenta siempre como un inconveniente que dificulta la eficacia de las gestiones nacionales. Los autores citan los casos de países como Malasia o incluso Chile que han logrado mejores resultados con el regreso a las reglamentaciones sobre las entradas y salidas de capitales, que con la desregulación integral.

En su reciente obra, Harold James, profesor de Historia Económica de la Universidad de Princeton, anuncia también el final de la globalización. Según este autor, este proceso habría alcanzado en la actualidad varios tropiezos. La naturaleza de estos problemas sería cultural, institucional y política, pero se manifiesta igualmente como una inestabilidad creciente del régimen monetario bancario y financiero mundial. El modelo norteamericano no puede ya inspirar a los pueblos y a los países del mundo, pero tampoco puede asegurar sus funciones hegemónicas y estabilizadoras en el seno del sistema mundial contemporáneo. Por el contrario, ese modelo se convierte en una causa que acelera la descomposición del orden mundial establecido.

De hecho, el proyecto de la globalización ha disgustado profundamente a los pueblos y a sus civilizaciones, ya que ha tratado de transformarlos a la imagen estadounidense y para finalmente fracasar. Por otro lado, también ha fracasado porque ha menospreciado la implantación de instituciones adecuadas, verdaderamente mundializadas y multilaterales, y se ha limitado a otorgar plenos poderes a la sola gran superpotencia norteamericana, la que además no podía y no quería comprometerse en una política al servicio de la globalización. El fracaso actual de la globalización proviene esencialmente de la resistencia de los hombres, de los pueblos y de las naciones, ya que se aferran a su diversidad, pero también se debe a la incapacidad de la potencia hegemónica para asegurar un diálogo permanente y una síntesis entre las civilizaciones y las culturas diferentes.

Karl Polanyi ya reveló la relación profundamente antagónica entre la tasa de cambio monetaria fija, que facilita la inserción internacional de una

economía, y el funcionamiento de la democracia.¹¹ El tipo de cambio fijo implica siempre consecuencias económicas, sociales y culturales graves, que el sistema político democrático no puede soportar. Hoy, con los errores y los zigzagueos de la globalización y de su obsesión monetaria, aprendemos que este antagonismo social profundo, aunque latente, alrededor del tipo de cambio, no es solamente un asunto económico, social, moral y político, sino que se convierte también en un asunto de civilización, puesto que puede implicar a todas las clases sociales.

Algunos cierran los ojos ante el espectáculo desolador de la economía mundial actual, para reafirmar la validez de los principios teóricos de la globalización. Tal como lo señala Paul Krugman, el sistema actual de globalización es responsable de su propio camino hacia la depresión. “Sería deshonesto, precisa el economista de MIT y de Princeton, elogiar los méritos de un sistema precisamente cuando este sistema está en vías de derrumbarse”.¹² De hecho, el sistema fundado sobre las desregulaciones y la individualización a ultranza de la actividad económica, ha precipitado su propia caída. La recesión actual, antes de que apareciese, estaba ya inscrita dentro de las políticas aplicadas en nombre de la globalización: culpabilizando sistemáticamente a los débiles y a las víctimas, por un lado, y protegiendo excesivamente a los ricos y poderosos de este mundo, por el otro, el sistema mundial ha terminado por contradecir toda teoría y experiencia económica, por destruir sus propios mecanismos estabilizadores, su cohesión económica y social de conjunto y por sufrir de hecho los frutos de sus propias aberraciones tanto teóricas como políticas.

Ciertamente se puede lamentar que a pesar de las antinomias, ha habido economistas de izquierda que han tomado en serio el discurso formal de la globalización y sus promesas y que era necesario un economista académico *mainstream*, como Paul Krugman, para constatar las debilidades fundamentales a las que conducían rigurosamente las políticas económicas aplicadas a lo largo de las dos últimas décadas. Como lo admite el Banco de Pagos Internacionales,¹³ los elementos del sistema bancario y financiero mundial terminan sin duda por ser hoy más “sanos” sobre el plano “técnico”, pero el sistema financiero en su conjunto no puede funcionar sin las “ramificaciones” necesarias dentro de un contexto económico mundial que se derrumba. El derrumbe del sistema actual es el precio del saneamiento de sus elementos.

11 Karl Polanyi, *La grande transformation* (1944), Gallimard, 1983.

12 Cf. Paul Krugman, *The Return of Depression Economics*, *op. cit.*

13 Cf. BRI, *Rapport Annuel*, Bale, junio de 2001.

Robert Reich, ex ministro de trabajo del presidente Clinton, constatando el desarrollo sin precedentes de las desigualdades y su peso aplastante en nuestra época, concluye que “hoy los perdedores no tienen otra solución que la de amenazar con el bloqueo del comercio internacional”.¹⁴ Pero resulta que los perdedores no tienen nada que decidir, ninguna amenaza que proclamar: el no ser solventes objetivamente, es suficiente para bloquear el sistema mundial, incluso sin que los perdedores decidan nada.

La “globalización” cede hoy bajo el peso de los desastres que ella misma ha causado a través del mundo sobre el plano económico, social, político y cultural. Estos desastres no serían históricamente necesarios, si la globalización tuviese una base real y objetivos realistas y precisos, de tal manera que la tendencia reciente, llamada “globalización”, ha cuestionado inútilmente todo y en todos los planos, al mismo tiempo. Bajo el pretexto de la desregulación ha suprimido los mecanismos estabilizadores preexistentes, sin construir otros en su remplazo. Nunca las políticas económicas han suscitado tantos desequilibrios internos e internacionales, suprimiendo además los mecanismos estabilizadores y las redes de seguridad. En este sentido, esta etapa transitoria difícilmente podría calificarse de “fase” en la historia del capitalismo, sino que corresponde más bien a un periodo de “transición salvaje” hacia un nuevo régimen de acumulación, cuyas características están aún por definir: un “ciclo” que conlleva desde su aparición los gérmenes de su propio agotamiento.

La cadena de acontecimientos económicos, financieros y monetarios ha permitido confirmar el cambio de la política estadounidense y de los organismos internacionales frente al problema de la mundialización. En primer lugar el hundimiento de Argentina en diciembre del 2001 ha permitido al FMI probar su nueva política, básicamente sostenida por sus consejeros, Kenneth Rogoff y Anne Krueger, número uno y dos, respectivamente. Esta política, conforme al famoso “capítulo once” de la legislación comercial de Estados Unidos consiste en dejar de apoyar a los países en dificultades para que puedan cumplir con sus obligaciones internacionales, y así permitirles detener los pagos a sus acreedores hasta que presenten una recuperación. Como el FMI ya no tiene reservas y Estados Unidos, bajo la administración republicana deseaban fervientemente abandonar el compromiso económico internacional, la única solución consiste en transferir la carga de la estabilización internacional a los mismos países que se encuentran en dificultad.

14 Cf. Robert Reich, "Whose Trade", en *The Nation*, 6 de diciembre de 1999.

tades. Pero para ello sería necesario que los países abandonaran la regla de la moneda fuerte y tasas de cambio fuertes y sostenidas, lo que costaría demasiado caro tanto para el FMI como para Estados Unidos. Pero además, si los países periféricos abandonan la regla de la moneda fuerte para adherirse a un sistema de cambio flotante, es seguro que la economía mundial enfrentará una contradicción importante respecto a la movilidad internacional de los capitales. Sin embargo, si tomamos en cuenta los últimos acontecimientos en relación con esta cuestión, las autoridades, tanto del FMI como de los Estados Unidos están dispuestas a aceptar los tipos de cambio flotante, aún cuando esto limitaría drásticamente la movilidad internacional de capitales. La globalización ha causado muchos perjuicios en el mundo en los últimos 20 años, y ni Estados Unidos ni el FMI están en condiciones de asumir y ayudar a los países víctimas para que éstos puedan salir de sus dificultades. En lugar de ayudarlos, la nueva política internacional ha escogido una nueva regla, que no es otra que la muy vieja idea *cada uno para sí (chacun pour soi)*. Por lo tanto es evidente que la economía mundial se aleja rápidamente del modelo de la globalización para volver al modelo anterior y fundamentalmente al modelo que ha marcado de manera particular la crisis internacional de los años 1930. Se volverá hacia el *nacionalismo-patriotismo*, hecho que se confirma con la última decisión del presidente George W. Bush de imponer importantes aranceles a las importaciones de acero en Estados Unidos. Ésta es una nueva etapa que contradice todo precedente, y marca el alejamiento de la economía estadounidense y de la economía mundial del modelo de la mundialización. Este modelo ha generado demasiados pasivos internacionales para mantenerse vigente. El mundo está entrando rápidamente en otro en virtud del cual los costos de la estabilidad internacional serán cargados a los países individuales, no importando si esto pone en peligro el modelo que ha prevalecido a lo largo de los últimos 20 años.¹⁵

En resumen, el estudio del ciclo reciente de la llamada “globalización” permite extraer algunas conclusiones, en principio bastante elementales:

15 Para comprender las condiciones y la naturaleza de este cambio en la política monetaria y financiera internacional: C.f. B. Eichengreen, *International Monetary Options For The 21st Century*, The Annals, enero de 2002; M. Obstfeld y A. Taylor, *Globalization and Capital markets*, NBER, octubre de 2001; M. Bordo y M. Flandreau, *Core, Periphery, Exchange Rate Regimes and Globalization*, CEPR, Discussion Paper núm. 3077, noviembre de 2001; M. Bordo y H. James, *Habeler versus Nurkse: The case for Floating Exchange Rates as an Alternative to Bretton Woods*, NBER, Working Paper, octubre de 2001 y *The International Monetary Funds: Its Present Role in Historical Perspective*, NBER, Working Paper, junio de 2000.

Contrariamente a las ideas dominantes, la globalización no ha constituido ni un régimen de acumulación ni siquiera una fase cualquiera en la historia del capitalismo, pues no se han dado los mecanismos necesarios de su propia estabilidad y reproducción. La globalización ha constituido simplemente una etapa de transición salvaje hacia otra cosa, todavía no muy definida en la actualidad.

En oposición a las ideas que se han generalizado al respecto, su desarrollo y su impulso fueron esencialmente ideológicos y su agotamiento actual marcaría la supremacía definitiva de la realidad económica y social sobre los discursos y las ideologías sin fundamento. Y también en oposición a las ideas dominantes, las crisis económicas no han sido superadas en nuestra época, ni aún menos en la época de la globalización, sino que están siempre de actualidad.

A pesar del pretendido “mejor conocimiento” de la economía, las políticas de los gobiernos no sólo no han sido capaces de prevenir la crisis actual, sino que han hecho todo por precipitarla, empezando por el carácter procíclico de las políticas aplicadas, la exacerbación de toda clase de desigualdades y la supresión de los mecanismos de estabilización y las redes de seguridad.

Desde luego, hay que estar verdaderamente “embrutecido” por las afirmaciones gratuitas y vacías de todo contenido del marxismo de los años 1930, para no reconocer hoy los síntomas de la nueva crisis del capital y del capitalismo. Desde luego que todavía la noción de crisis capitalista no cuestiona necesariamente la capacidad de supervivencia y de redespigüe del sistema capitalista: una etapa puede dejar su espacio a otra, pero, ¿con cuántos “costos” económicos, sociales, culturales y humanos? En la actualidad, puesto que la globalización ha constituido la forma del capitalismo de nuestra época, sería completamente lógico pensar que el capital pague los gastos del fracaso de las formas en las cuales fue implicado. Sin embargo, estos costos terminan siempre por ser cargados sobre la espalda de los más débiles, quienes, por otro lado y como siempre, no han ganado nada de la burbuja de la mundialización y naturalmente no son en modo alguno responsables de su crisis actual.

Pero, otras modalidades, quizá con más o menos gloria —lo que está por verse— pueden ocurrir en la historia del presente, siguiendo la dinámica y la inventiva del capital, por un lado, pero también de acuerdo a la integración o la adhesión de los pueblos, por el otro. Los ciclos se suceden. “La Historia no ha muerto”.

BIBLIOGRAFÍA

- Banque of International Settlements (BIS), (2001), *Rapport annuel*.
- Bordo, M.y James H. (2001), *Haberler Versus Nurkse: the case for floating exchange rates as an alternative to Bretton Woods*, NBER WP 8545.
- Eichengreen B. y James H. (2001), *Monetary and Financial Reform in Two Eras of Globalization (and in between)*, Santa Barbara,4 de mayo.
- Financial Markets Center (2001), *Capital Flows Monitor*.
- Gray, J. (2001), *False Dawn: The Delusion of Global Capitalism*, Granta.
- James, H.(2001), *The End of Globalization. Lessons From the Great Depression*, Harvard University Press.
- Kindleberger, CH. (1986), *The World in Depression, 1929-1939*, Berkeley; Edition française: (1988), *La Grande Crise Mondiale, 1929-1939*, Economica.
- Krugman, P. (1999), *The Return of Depression Economics*, Norton.
- Maddison, A. (2001), *The World Economy. A Millennial Perspective*, OECD.
- Obstfeld, M. y Rogoff K. (2000), *Six Major Puzzles in International Macroeconomics*, NBER Research Paper, julio.
- ——— y Taylor A. (2001), *Globalization and Capital Markets*, NBER Paper, octubre.
- Polanyi, K. (1944), *The Great Transformation* (trad. française: Editions Gallimard, 1983).
- Reich, R. (1999), *Whose Trade*, The Nation, 6 de diciembre.
- Roach, St. (2001), *Back to Borders*, *Financial Times*, 28 de septiembre.
- Rodrik, D. (1999), *Whose Trade*, The Nation, 6 de diciembre, (2000), “How Far Will International Economic Integration Go?”, *Journal of Economic Perspectives*, núm. 14, invierno.
- Rosenberg, J. (2001), *The Follies of Globalization Theory*, Verso.
- Rugman, Al. (2001), *The End fo Globalization*, Random House.
- Sassens, S. (2001), *Globalization*, Londres.
- Summers, L. (2001), Interview, *Le Monde*, 21 de marzo.
- UNCTAD (2001), *World Investment Report*.